

EL MUNDO

TUPAMARO: DO YOU SPEAK ENGLISH?

A las seis de la mañana, la voz del servicio despertador telefónico (el reloj se había roto en las tiernas manitas de mi hijo menor) gritó su alerta. Media hora después, desprevénido, entonces optimista, partí hacia el diario: la misma calle, los mismos árboles, claro, el ómnibus de siempre. A las siete y veinte, ya estaba en el yugo. "Por favor, hágame una nota sobre turismo." ¿De qué movimiento de pasajeros me estará hablando?, me pregunté. En fin, los teléfonos no funcionaban (rutina); los gobernantes no habían llegado a sus despachos (rutina), el mozo trajo el cortado frío con los dos bizcochos (rutina). Los datos comenzaron a acumularse sobre el escritorio.

Todo era normal, se vivía el verano, aunque llovía a ratos. De pronto, desde todos los ángulos de la redacción, subió el tono de los modestos transistores: el timbre alocado de radio El Espectador, el clamor humano de Montecarlo. ¿Rutina? "Un funcionario británico había sido secuestrado", se desgañaban los locutores (diario de un periodista).

A las 9 y 48 del viernes pasado, en

la esquina de Buenos Aires y Alzaibar —en la ciudad vieja—, el Daimler del Embajador británico Geoffrey Jackson tropezó con una camioneta. Otro coche que seguía al del diplomático también debió detenerse; un viandante que transportaba una canasta rebozante de lechugas extrajo una metralleta y redujo a sus dos ocupantes, los custodios del Embajador, que no llevaban armas. Entretanto, el chofer del Daimler intentó resistirse a los agresores; nada pudo hacer: perdió el puesto, ya que un tupamaro lo reemplazó en la conducción y se robó a su patrón. Todo sucedió frente a un instituto de belleza; las mujeres, estupefactas y ansiosas, le gritaban a la dueña del local que no abriera la puerta: "Se trata de un robo, nada más que un robo", alegaban.

En la redacción se impuso cierta forma de sublimizada locura colectiva, sabiamente dirigida por el editor —transformado, de repente, en edictor— y derramada como avalancha hacia los súbditos. El reloj marcaba las diez y cuarto de la mañana cuando yo —ya en damnificado— partí hacia el lugar

del hecho. Los vecinos, dominados por el miedo, permanecían indiferentes a toda indiferencia, ajenos a todo; la consigna era el silencio: nadie había visto ni escuchado nada.

Volamos al hospital británico, donde, of course, llevaron a los dos bobbies golpeados. Tres kilómetros hasta avenida Italia y Morales, donde nos matriculó un descortés administrador. Volvimos a la rutina. A las once y veinte, ya en la jefatura, la Policía no aceptaba oficialmente el hecho del secuestro. No se confirma ni se niega, sostenían los voceros. Se enteraron cuando, desde Londres, un cable de United Press difundió la noticia: "El Embajador de Su Majestad ha sido secuestrado por los guerrilleros".

Saltamos a la Embajada, en esquina de Canning y Ricaldoni; una suntuosa residencia de dos pisos, blanca, ubicada frente al Parque Batlle, en el centro de Montevideo. "Fotos, no; fotos, no", clamaba un impoluto mayordomo detrás de la verja. Soldados con cascos azules le hacían eco; los obturadores trabajaban sin descanso. La rutina de siempre. Era la hora del cierre de la edición para el interior; regresamos a la noria. "Seis carillas con el panorama general", ordenó el editor, siempre con la misma delicadeza. "No hay más de dos minutos para terminar", repitió con ironía. Un café doble me apoyó en el esfuerzo, mientras otros colegas de gliba se encorvaban sobre sus máquinas.

A la una de la tarde, nueva recorrida para obtener opiniones en todos los niveles: policial, diplomático, político, oficial, la calle. Hubo una pausa: pan negro con jamón y queso, una Crush, en el último Sorocabana, en la plaza Gagancha (idem).

"Le confieso que hasta yo tengo miedo", comentó un modesto secretario de una Embajada caribeña. Un diplomático asiático, por su parte, cree que "el Gobierno tendrá que olvidarse de la Constitución por un tiempo".

"Pacheo Areco es el primer tupamaro; cada uno de estos hechos lo favorece. Los guerrilleros trabajan para él, así que debe ser él quien los fomenta" (un escéptico, radicado en el interior). En cambio, un despachante de aduana pensaba: "Hay que convencerse: en España, salvo el caso de Burgos, no hay problemas. En Paraguay tampoco. El único método: hay que cortar cabezas".

"Fue un golpe estratégico: nos disponen con un país comprador de nuestra carne. Además, el Embajador debe ser el número dos en el ranking", comentó un periodista de La Mañana. "Esto liquida al poco turismo que venía —piensa el propietario de una heladería



La esquina donde Jackson (derecha) pasó a la clandestinidad.

colochesca—; la verdad, que yo no viendo lo que buscan: deben ser demasiado inteligentes para mí.” Había otros, sin embargo, que toiban el hecho con humor, esa tradición que se pierde en el Uruguay. “Que-
 titó (Ministro de Turismo) tendrá que asegurar más rebajas para que alguien venga desde la Argentina”, bromeó el año de un kiosco en la Plaza Independencia. Un lustrabotas sonreía: “¡Los otros vamos a pagar el pato: volverán las revisiones, los manoseos, los cacheos. Con esa excusa, algún tira desistido te hace la billetera”.

De vuelta en la odiada redacción, bo que producir otras cuatro cuartillas. Después, ya con el tiempo vencido, le caer un “hasta mañana”. Pero, ¿qué hace?, ¿está loco?’, empezó a llamar al cabrón del editor. “Hoy no y feriados ni horarios, todo el mundo está a disposición. Es una emergencia.” Hubo que enfundar violín en bol-desenfundar la máquina, sacudir el ebrio. Otro café y “consulte a sus amigos, ¿qué opina la Curia?”, siguió molando el jefe. Cuando sea chico, prometo, voy a elegir otra profesión.

Los tupamaros que hicieron esfuerzo al Embajador en su propio automóvil —luego lo trasladaron a un Peugeot— le arruinaban las vacaciones a Jorge Pacheco Areco, quien se tostaba en su lujosa quinta. Es que han prometido un “verano caliente” y nadie, ni siquiera el Presidente, debe perderse. Las autoridades aseguraban que la llegada de turistas llegados de la Argentina era la misma del año pasado; la estadística no mentía, sólo que durante el último año millares de uruguayos abandonaron el país en busca de trabajo y, para las fiestas, regresaron con sus familiares. La ficción, sin duda, se terminó de agotar desde el viernes pasado; si había esperanzas en algunos argentinos para retozar en Punta del Este, ya las han enterrado.

El rapto le recordó al mundo que, desde el 31 de julio y el 7 de agosto del último año, el MLN mantiene encerrados al cónsul brasileño Aloysio Dias Gomide y a un experto en suelos, el norteamericano Claude Fly. Hasta ahora, ninguna organización se permitió esos lujos, una característica de abusivo uso policial. Para liberar a uno de sus prisioneros, los tupas han exigido la publicación de un panfleto; el Gobierno se negó —aduce que negocia con delincuentes—, una actitud que, el 9 de agosto, también produjo la muerte de Dan Mitrione, un policía norteamericano.

En esa fecha, la ola de secuestros estuvo a punto de provocar la desertión

de Pacheco; se dijo que cedería su cargo al Vice, Vicente Abdala, un político componedor que prometía la conciliación nacional. Sin embargo, un éxito policial evitó la caída: en un departamento cercano a la playa en Malvin, se entregó Raúl Sendic, el legendario fundador del movimiento, y otros caudillos. La situación se alteró en 90 grados; pocos dudaban que, de un momento a otro, sería descubierto el reducto que escondía a los diplomáticos. Pero, el tiempo lo demostró, Sendic tenía razón cuando anunció que “esos, esos son bastiones inexpugnables”.

Pacheco confiaba en sortear el verano con tranquilidad, a pesar de las funestas amenazas; para marzo, se sabía, un plan político apuntaba a quitarle las banderas a la izquierda, apaciguar los clamores de la clase media. Se hablaba de “peruanización” y hasta de cier-



“Hacer la billetera.”

tas eminencias grises —extranjeras— que cambiarían la imagen del Presidente. Un síntoma de esa distensión surgió la semana pasada, cuando el Gobierno levantó la veda que pesaba sobre la palabra “tupamaros”. Los diarios, sin embargo, igual que las radios, mantuvieron la autocensura, apelando a las argucias que dominaron a la prensa durante todo un año: “innombrables” o “sediciosos” —que el pueblo cambió por “deliciosos”—, eran la excusa. Desde el viernes, sin embargo, los tupamaros volvieron a ser tupamaros para todos.

Pero esos rasgos de bondad que insinuaba el Ejecutivo no sedujeron al movimiento; el secuestro, el séptimo desde que comenzó la lucha guerrillera, marcaba un antecedente: fue el primero del año. ¿Cómo han cambiado los tiempos! ¿Qué lejanos están los records del vasco Cea, las filigranas de Gradin o la potencia de Scarone! Señalan una fenecida gloria futbolística igual que un esplendor económico liquidado.

Tampoco, el Uruguay, es el apacible paraíso diplomático de antaño. Para

tratar ese problema, el viernes pasado, una docena de Embajadores se reunieron en la Nunciatura; algunos países, por su cuenta, ya han tomado medidas; hay varias legaciones acéfalas (Italia) y en otras sólo reinan los encargados de negocios (Chile, Venezuela). Gran Bretaña, que no le hace ninguna gracia la “mano dura” de Pacheco, ya destacó a un reemplazante de Jackson: esta semana aterrizará en Montevideo para presionar directamente sobre el Gobierno.

El Embajador inglés, como se sabe, no es un funcionario de segunda categoría —actuó en Centroamérica, Beirut— y representa a una potencia, la misma que alguna vez influyera en forma decisiva sobre el Uruguay (lo mismo que sobre la Argentina). A pesar de que el último año la Corona se olvidó de comprar carne uruguaya, las relaciones comerciales permanecen intactas. Esta es la fecha, para colmo, que deben reiniciarse las negociaciones sobre la venta de carne. Además, Gran Bretaña —que supo absorber más del 25 por ciento de las exportaciones orientales hasta hace poco— siempre tiene una balanza desfavorable en relación con el Uruguay y controla casi todas las exportaciones.

O sea que parece lógica la preocupación de Pacheco, quien deberá optar entre dos tendencias: la dura o la blanda. Esta vez, la presión internacional será tremenda y, lo que es seguro, el Presidente no podrá endurecerse más de lo que está.

Pero su futuro, como nunca, depende de los tupamaros. ¿Qué harán? Se teje un laberinto de opiniones. Algunos piensan que exigirán la publicación del famoso documento (ver PRIMERA PLANA Nº 399); la publicidad de esa proclama, sin embargo, sería una cómoda salida para el oficialismo. Como todo el mundo sabe ése no es precisamente el objetivo de los tupamaros; además, se presume, no arriesgaron a 50 hombres, al capturar a Jackson, para salir en los diarios.

¿Acaso insistirán con el canje de prisioneros? Parece más factible que elijan una recomendación guerrillera: “El tiempo corre a nuestro favor”. Es decir, quedarse mudos, exasperar a la opinión pública, al Gobierno ponerlo al borde del abismo. Lo que temen algunos rostros afligidos de la Policía, sin embargo, es que los tupamaros sólo pretendan reemplazar a sus secuestrados; Fly y Dias Gomide ya habrían cumplido las penas suficientes, ahora les toca el turno a otros. El sábado, cuando un comando —a 50 kilómetros de Montevideo— arrebató varios automóviles, los rostros policiales se volvieron a fruncir: así comienzan todos los operativos del MLN. ⊕